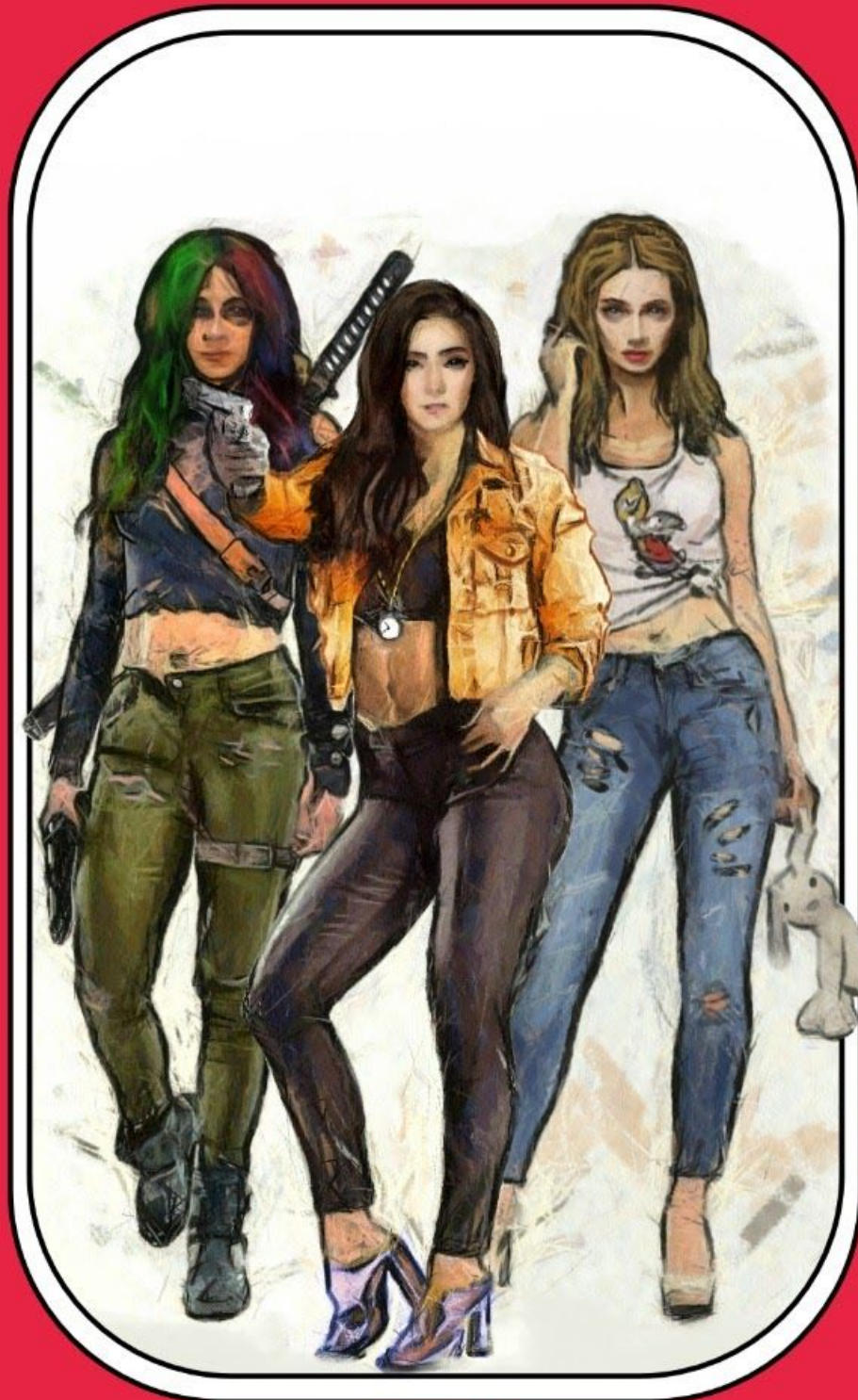


ELIGE
TU PROPIO
ALKUMAR

Tú eres el protagonista
de esta historia, elige entre
20 muertes en el flashback diferentes

ALICIA EN TACONES

Por Hakari y K4T



TIMUN MAS

Alicia en
Tacones

By Hakari & K4t

La plaza de la ciudad luce limpia este viernes, después de los festejos de día de muertos, el departamento de limpia de la Ciudad de México, como un ejército silencioso, oculto a los ojos de la ciudad, hace su faena que permite mantener la estabilidad y cotidianidad que tanto deseamos y que nos es tan natural.

Este viernes, el paisaje se ve interrumpido con una inusual visión; una hermosa y joven mujer está acostada en una de las bancas; se ve bastante maltrecha.

Regularmente estas bancas son utilizadas por vagos, escoria de la ciudad, aquella parte de la sociedad que todos rehusamos ver, volteamos con asco si se nos acercan, tenemos oídos sordos a sus murmullos incoherentes, pasamos de largo cuando los vemos tirados en cartones cubiertos de mugre, nos cambiamos de banqueta al oírlos gritar y discutir con seres imaginarios y siempre pensamos que nos quieren asaltar.

— Niña, niña, despierte, no tarda el rondín y si la ven por aquí se la van a llevar por prostitución, levántese niña, ¿esta bien? —un mujer de limpia se acerca sacudiendo a la joven del hombro

Con mucha dificultad, abres los ojos, el calor del sol de la mañana baña tu rostro, en total confusión ves el rostro borroso de una extraña frente a ti, escuchándola con un sonido seco, como si viniera de una película muda.

— Ándele, niña, hoy le toca al oficial López y ese es re-canijo, no le conviene quedarse aquí —sacando de su bolsa, una botellita de agua de 375 ml, se sirve en la palma de la mano rociando la cara de la bella durmiente.

Aquel rocío te hace entender que no estás soñando, tratas de asimilar lo que está pasando. Recuperando la vertical, te incorporas y te sientas, la boca te sabe a cobre, pastosa, como si te hubieras dormido con un queso en la boca y se hubiera derretido con tus jugos salivales en una pasta asquerosa con sabor a podrido. Todos tus recuerdos son una vorágine de ruidos, música, gritos, alcohol y drogas, no recuerdas cómo llegaste a este lugar, es más, no sabes donde estas.

— ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —atinas a preguntar

— Mi nombre es Guadalupe, pero todos me llaman Doña Lupita, y estamos en la plaza de la república —te responde la extraña

— ¿Qué hora es? —tapando tu cara del brillo intenso del sol matutino

— Son las diez de la mañana, ¿Cómo se llama usted, niña? ¿se encuentra bien? —te dice con una voz casi maternal sacando de su uniforme del departamento de limpia de la Ciudad de México su celular que denota su humildad, pero decorado con calcomanías de flores, expresando también su femineidad

— Si, sí, estoy bien, gracias, mi nombre es Susana, Susana del Pilar

— ¿Desea que le hable a alguien para que venga por usted? —mientras abre su móvil

— No, no, no, estoy bien, muchas gracias —respondes, esperando que te deje sola Doña Lupita, se queda esperando por lo menos una moneda, después de todo, si el oficial López, te hubiera “ayudado”, ahorita estaría en el mejor de los casos, siendo extorsionada, en el peor de los casos que siempre es lo más probable, calmando las ansias animales de esa bestia sin escrúpulos, que “cuida” a las prostitutas que embellecen las noches de las calles de la colonia Centro.

— Soy una pendeja, nadie me llama, pinche putita malagradecida, ojala le den por culo. Tal vez al Oficial López le interese revisar esta área, probablemente él si me de una moneda. —Doña Lupita se aleja de ti murmurando y mascullando maldiciones en voz baja hablando con ella misma

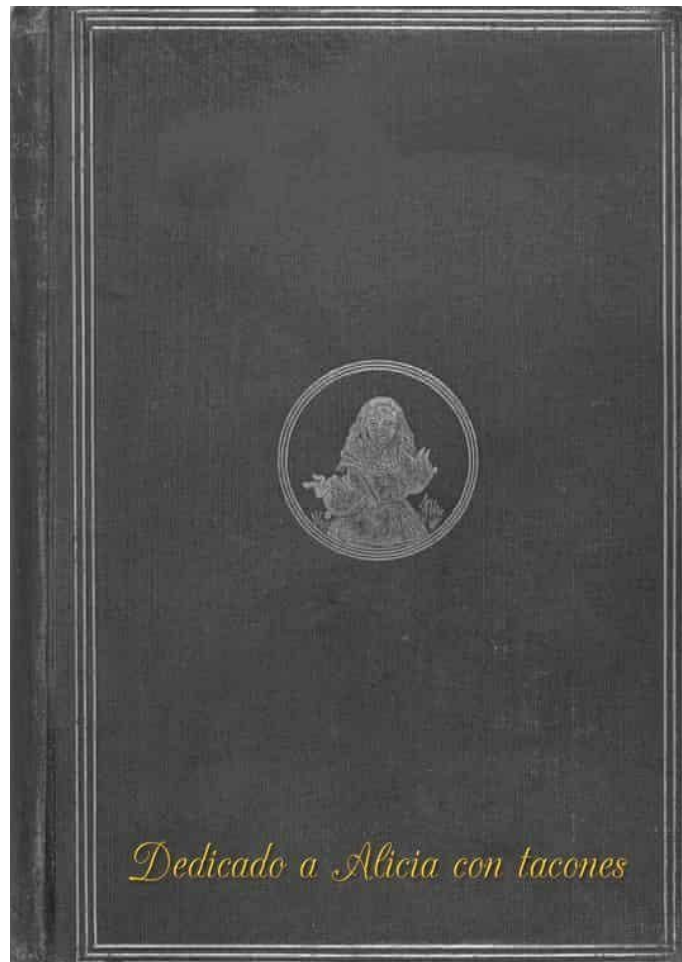
Te incorporas con dificultad, al levantarte, se puede apreciar a una joven mujer, entre 23 y 25 años, pelo lacio con caída a los hombros, nariz afilada y facciones finas, 1.68m, delgada 52 kilos, talla cero, piernas largas, estilizadas y bien torneadas propias de una bailarina de años.



Te acomodas el tirante roto de la víspera de tu otrora elegante vestido, a pesar de estar a unas cuadras de tu casa, no te apetece llegar a un lugar frío y gris para mal dormir en tu colchón de suelo, tomar café frío y pan duro.

Dentro de tu bolso, buscas algo de dinero para comprar algo de comer, pero encuentras un libro, un libro que no te pertenece, un libro en el que se lee una dedicatoria de presagio, Dedicado a Alicia con tacones

Te vuelves a sentar en la banca, sacas el libro de tu bolso, por su aspecto asumes que es un libro muy antiguo, forrado en una piel carmín rugosa, enmarcado por una filigrana triple de color dorado, un bajorrelieve de una joven mujer enjutada en un vestido tradicional del siglo pasado, adorna el centro del libro junto a la dedicatoria de presagio en letras de oro, el ocre aroma de la procedencia inunda tus fosas nasales, olor a madera ahumada y celulosa terrosa.



Al ver el extraño libro, recuerdas que un hombre muy alto vestido con un largo abrigo café y una máscara de conejo muy maltratada y descarapelada te cargó en brazos, mientras te susurraba con una voz ronca y profunda, «~~Busca, Encuentra, Sigue y Salva al conejo blanco~~» antes de perder el sentido y amanecer en esta banca.

De repente todos los recuerdos de la noche anterior se agolpan en tu mente. Imágenes irreales y surrealistas de plantas gigantes, jovencitas con cabellos de colores peleando con katanas oxidadas contra elegantes señores de traje con máscaras de sadomasoquista cubriendo ojos, nariz y oídos, con cierres en vez de boca.

¡PUM!, ¡PUM!, ¡PUM! El único sonido que escuchas es tu corazón acelerado. Un fuerte y súbito palpar te indica que una taquicardia está empezando, en solo un instante los ruidos de la ciudad se acallan.

Al intentar abrirlo un escalofrío te recorre la columna vertebral, y la piel se te eriza, visiones de gente riendo con las quijadas dislocadas, música estridente, humo sólido de colores, sangre y fuego, agitas la cabeza con fuerza para despejar esos pensamientos, cerrando con fuerza el libro. Respiras con fuerza muy profundamente tres veces, abres el libro, lo hojeas rápidamente, y notas que las hojas se encuentran en blanco con excepción de la numeración llegando hasta la página 143, regresas las páginas algo decepcionada, pensando: ¡Meh! Esperaba venderlo por algunos pesos en las librerías del metro Hidalgo.

«~~Busca al conejo blanco~~» Piensas que estás muy desvelada y cruda, porque cuando estás regresando las páginas, notas que varias de ellas tienen símbolos escritos con tinta muy borrosa y algunas ilustraciones de formas caprichosas que parecen moverse en el papel de cáñamo bailando ante tus ojos, quedas hipnotizada con una imagen de gente congelada colgando de ganchos enterrados en las axilas en una enorme cueva de hielo, desangrándose como reses abiertas en canal formando un río de sangre, pus y lodo, como si los hubieran puesto a secarse, te empieza a dar vueltas la cabeza, cierras los ojos para concentrarte y parecería que no es tu cabeza lo que está girando, como si el libro fuera un sol que hace girar a su alrededor como planetas todo lo que te rodea...

Abres mas los ojos y la imagen ha desaparecido, en su lugar, hay un mensaje escrito a mano que parece es para la dueña del libro, una tal Alicia:

Alicia,

La luz que brilla en la oscuridad, produce sombras, y la oscuridad no lo comprende.

Lux Tenebrae

Un pensamiento te obsesiona en la cabeza «~~Sigue al conejo blanco~~». Debo seguir al conejo, ¿porque debería de hacerlo?, es más porque estoy pensando esto, no conozco ningún conejo. Visiblemente perturbada cierras el libro tratando de olvidar lo que viste. Dejas el libro a un lado en tu bolso, estás sumida en tus pensamientos, cuando ves que doña Lupita viene caminando detrás de un policía, que con paso apresurado y rostro mal encarado se dirigen a donde te encuentras, o al menos eso parece.

El policía que viene hacia ti, no es muy alto, posiblemente sea de tu estatura, tiene un vientre prominente con la camisa mal fajada, el chaleco de protección no le cierra del lado izquierdo y se nota el paso del tiempo en su uniforme que ya dio varias batallas.

Doña Lupita acelera el paso y te señala estando a unos 30 metros de ti. No has hecho nada malo, no tienen porque acusarte de nada, muy posiblemente tu seas la víctima en esta situación, sin embargo, todo parece indicar que el policía viene por ti. Carraspeas la garganta esperando a que el policía se encuentre a pocos metros de ti.

—Buenos días oficial, quiero saber si me puede ayudar a ... —mientras saludas con la mano y esgrimes una sonrisa cordial

—A ver reinita, estas bajo arresto por faltas a la moral y prostitución en vía pública, ya te teníamos vigilada de días, solo se necesitaba una denuncia —señalando a doña Lupita —Que bueno que todavía quedan ciudadanos valientes que están atentos a escoria como tu —te grita mientras le da unas monedas a doña Lupita quien te sonrío malignamente.

Sientes el trato del policía que es violento y grosero, te hace pensar que solo estaban buscando la oportunidad para acusar a alguien de manera injusta, te sacude del brazo con violencia para encaminarte a la patrulla que está esperando en la calle a unos pocos metros.

— ¡Oficial! ¡Por favor! Oficial, esto es un error, yo no he hecho nada, no soy prostituta, soy inocente, por favor suélteme puedo aclarar este malentendido —Mientras tratas de voltearte para hablar con el oficial

—Sargento López, no oficial, SARGENTO LÓPEZ, háblale con respeto a la autoridad, puta barata

Eres inocente, pero te está lastimando el brazo tan fuerte que te está sosteniendo, no hay ninguna razón para correr, seguro podrías aclarar este malentendido, sin embargo, sientes una opresión en el pecho, tienes un presentimiento que algo no está bien, un frío te recorre el cuello, tus piernas se tensan, es la inyección de adrenalina previa al peligro, es la misma sensación que tiene una gacela cuando un león está acechándola desde la yerba crecida.

Sin pensarlo dos veces sales empujas al oficial y sales corriendo como nunca lo habías hecho, sabes que debes de seguir corriendo a toda velocidad.

— Deténgase señorita, quiero hacerle unas preguntas —escuchas a tus espaldas al sargento López con una voz gruesa que te insta a detenerte

— Es ella, es ella sargento, es ella, por eso corre —una voz femenina le dice mientras jadea tratando de alcanzarte

Corres como una gacela, aparentemente años de bailar te han dado piernas poderosas, porque devoras los metros dejando atrás al elemento de la justicia que

deseaba hablar contigo. Después de correr unos cinco minutos, has dejado atrás a tus persecutores, no se ven a simple vista, te detienes a recuperar el aliento, te sientes mareada, cansada y adolorida. Te preguntas ¿qué es lo que quería saber el oficial?, y de que te acusaban, aunque sabes que eres inocente tienes algo de culpa por haber huido de la justicia, quizá sea prudente regresar a aclarar la situación después de todo el que nada debe, nada teme y tu mamá no crió a una cobarde. No, no vale la pena, creo que mejor me iré a mi casa a descansar a tomar café frío y pan duro.

Tratas de calmarte y comienzas el pesado caminar hasta tu casa, recorres las calles que te separan de tu departamento, una pieza de tres metros por tres metros, un baño con regadera y un área común de sala-comedor-cocina en un espacio muy reducido, o como le llamó el agente de bienes raíces “acogedor y hogareño”, no es el mejor lugar para vivir, pero siempre has considerado que este lugar es temporal, sabes que pronto seras una gran bailarina, una artista que deleitará al público con su gracia y dinamismo.

Tienes que desviarte de tu camino habitual, lo recuerdas al escuchar el ruido de unos martillos hidráulicos que llevan días reparando las avenidas aledañas, te pone de malas saber que esto ocasiona más tráfico del habitual, choferes estresados, motores, rechinidos de llantas, choques, groserías forman una sinfonía multitudinaria habitual en esta colonia. Es viernes, el tráfico de las calles circundantes está al máximo, las oficinas están recibiendo a los últimos empleados, y todo alrededor parece un hormiguero.

Vienes absorta en tus pensamientos, cuando un alto y unos cláxones a pocos metros de ti, te obligan a detenerte en el alto que por poco te cruzas de forma descuidada. Esperando la luz verde puedes presenciar un amorfo y descoordinado acto circense de una persona de muy baja estatura, posiblemente sea un enano que carga en sus hombros a una niña pintada de payasita con la nariz roja y diamantes negros debajo de los ojos que hace malabares con dos limones con poca destreza y gracia.

Hay algo perturbador en la escena que te hace sentir muy incómoda, te hace pensar en la situación de pobreza, marginación e injusticia que vive esta inocente criatura.

Por fin la luz verde ilumina y continuas tu camino, dejando la escena que acabas de ver en el olvido, un malestar que no puedes explicar te embarga, y oprime tu corazón.

Te falta solo una cuadra para llegar a la calma y quietud de tu pequeño departamento, cuando comienzas a sentirte mal, te cuesta trabajo respirar, la cabeza parece explotarte, tratas de inhalar más aire, tu pulso se acelera, estás hiperventilando. Una luz azulada te ciega, seguida de un estruendo que suena como una madera seca al romperse,

¡TAC!

El atronador sonido te deja temporalmente sorda, distorsiona tu sensación de equilibrio, obligando a apoyarte de un auto estacionado para evitar caer de bruces. Tienes que hacer una pausa, continúas tu camino, cada paso te retumba en las sienes, te sientes muy mareada. los cláxones retumban en tus oídos, un zumbido incesante que taladra los tímpanos, penetrando hasta la base de tu cerebro y estallando en un espectáculo de fuegos artificiales de todas las tonalidades del dolor.

Las puertas de entrada a tu departamento están apenas a algunos metros, pero tu horizonte está sacudiéndose como si estuvieras en un barco en mar picado. Sientes que vas a vomitar en cualquier momento.

Un joven oficinista que viste una camisa blanca, cubierto por un suéter de lana de color azul indigo, con una mochila al hombro, al verte con tan mala cara, deja su mochila en el suelo y corre a ayudarte, solo para ser recibido por un chorro blanco amarillento de vómito, que se proyecta de tu boca a presión, ensuciando su suéter y su gafete. El muchacho, cuyo nombre lees como "Miguel" en la parte limpia de su gafete, se queda congelado, en shock, mientras a ti se te cae la cara de vergüenza.

El olor a vómito empieza a impregnar el ambiente, no sabes que decir, esto es lo peor que te ha pasado. Te sientes apenada por vomitar a Miguel, pero te sientes mucho mejor después de sacar ese desperdicio de tu cuerpo.

Como si fuera poco, un individuo con pinta de vagabundo que pasaba por el lugar, aprovecha el alboroto para arrebatarte la cartera y correr cruzando la calle temerariamente hacia una papelería de esquina, derribando en su carrera un exhibidor de botanas fritas. El muchacho amable, con expresión en blanco, te voltea a ver no sabiendo qué hacer.

¡MI CELULAR! Mis credenciales, mis notas, mi maquillaje... ¡EL LIBRO! —esas ideas se te agolpan a pesar de la obnubilación en tu cerebro

Sales corriendo detrás del vago a la velocidad que te permiten tus fuertes piernas, gritando

— ¡Ayúdenme! detengan al RATERO... AYUDA

Corres como puedes, cojeando sin un tacón persiguiendo al vago a contra sentido de la calle General Prim, viendo que este, de cuando en cuando lanza una mirada nerviosa por encima de su hombro para ver cuánta ventaja te saca.

Los autos, en cuanto la luz se pone en verde, comienzan a rodar por Bucareli permitiendo al vagabundo cruzar la avenida, pero cuando tú te dispones a cruzar, los coches ya van avanzado a una buena velocidad, tienes que actuar rápido.

Sin detenerte ni por un segundo, continúas a toda velocidad dando fuertes zancadas observas al ladrón en la otra banqueta que voltea a verte con cara de burla, creyendo que tiene su botín a salvo, corres a todo lo que dan tus piernas.

Los vehículos ocupan todos los carriles a diferentes velocidades, al compás de los cláxones mentandote la madre a coro, logras esquivar cuatro carros que pasaron zumbándote a meros centímetros, sigues corriendo al llegar al último carril miras de reojo la monstruosa figura de un camión de reparto de agua embotellada que toca su potente bocina mientras el conductor aplasta el freno causando un chillido ensordecedor y levantando humo blanco de neumáticos quemados en el asfalto, derrapando y tirando garrafones rosados por toda la calle.

Saltas para esquivarlo cuan largo es tu cuerpo para terminar dándote un fuerte golpe en la banqueta, rodando poco elegantemente a las puertas de una tienda esquinera de barrio, terminando en una poco halagadora pose patas arriba a los pies de la puerta de dicho edificio, rozándote la rodilla derecha y perdiendo uno de tus zapatillas. Con ambos codos pelados y sangrando, las uñas rotas y la blusa rasgada casi con un seno de fuera, te levantas como puedes y continúas tu persecución.



El vagabundo, en todo este alboroto, se quedó viendo en la más completa incredulidad, seguro que ibas a morir atropellada, tu convicción al levantarte lo hace tragar saliva moviendo la manzana de Adán. Ahora te teme, eres una amazona ensangrentada, con un pecho de fuera y un zapato de tacón en la mano corriendo tras de él. A él no le cabe duda, si lo alcanzas, lo asesinas.

— ¡TE METISTE CON LA DAMA EQUIVOCADA! —le gritas a todo pulmón

El vagabundo continúa corriendo sobre la calle de General Prim, ahora al parecer por su vida, mientras tu sientes fuego en los pulmones quemándote con cada paso y el corazón a punto de estallarte en el pecho.

— ¡Mi INE!, ¡Mi Tarjeta Starbucks tiene puntos!, ¡Mi libro! —En tu cabeza, los pensamientos se atropellan unos a los otros.

Haciendo un súbito giro, el vagabundo se mete en una vieja casona abandonada, cuya desvencijada puerta sólo está sujeta por una cadena herrumbrosa, te dirige una última mirada con miedo y se pierde en la oscuridad.

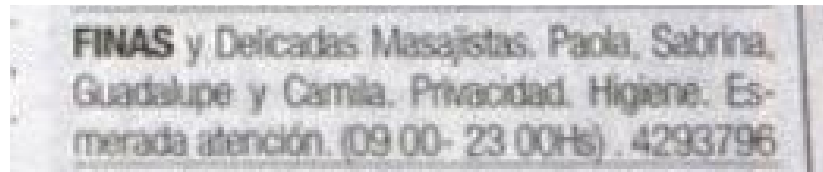
¿Te arriesgas a entrar a la casona abandonada y perseguir al vagabundo?

Adentro podrían estarte esperando sus compinches, Pero ya has llegado demasiado lejos como para detenerte.



Al acercarte a la puerta de la casona donde entró el vago, te asomas curiosa, un olor a humedad y excremento de palomas y ratas te llena las fosas nasales, retiras con prisa la cara de la entrada, las pesadas puertas carcomidas por el tiempo, están pintadas de blanco en la parte superior, bloques grandes de piedra forman la fachada, pareciera que esta casa no ha tenido mantenimiento en décadas, una cadena con candado mantiene la puerta mal cerrada, coronada por una semiluna con herrería herrumbrosa la oscuridad del pasillo en el interior de la casa te produce un malestar inexplicable, las ventanas tapiadas con maderas desde el interior, y rejas de acero impiden ver el interior, un pensamiento te produce un estremecimiento, tal vez esas rejas y madera es para impide que los de adentro salgan. Quizá no sea tan buena idea entrar a perseguir

al vago, desganada y con mucha frustración, te das media vuelta para retirarse a lamer tus heridas, cuando recuerdas que aparte del libro, tu INE, celular, el dinero de la renta y el libro, traes tu agenda, con teléfonos y contactos de algunos de tus amigos, altos ejecutivos con los cuales a veces voy de fiesta, notas personales acerca de ellos y un recorte de un anuncio de aviso oportuno, un tótem de algo que nunca fue, un recuerdo que te mantiene firme en la vida, sabiendo que siempre hay otro camino.



Fue una época difícil, tu amiga Roxy, te sugirió que fueras con ella y otras amigas de “fiesta”, para “festejar” el cumpleaños a un rico empresario. Tu estabas destrozada por haber dejado ir al amor de tu vida irse a vivir al norte, nunca lo volviste a ver. Te ofreció veinte mil pesos, por la fiesta, y recomendó que no usaras tu nombre verdadero. Te sugirió el nombre de "Camila", porque representa pureza, inocencia y no tenía nada que ver con Susana del Pilar, es un nombre que puede desprenderse fácilmente, pensaste durante dos días ir o no ir, sabías lo que representaba aceptar ese dinero, al final, en el último instante renunciaste a esa oportunidad.

— SIEMPRE hay otro camino —Resuelta y con una mirada decisiva, te acomodas el vestido, tratando de recuperar la compostura y empuja la puerta con firmeza.

Respiras profundamente para entrar en la vieja casona, cuando escuchas una voz que te llama.

— ¡Señorita!, ¡Señorita! —grita Miguel quien acaba de cruzar Bucareli corriendo para alcanzarte.

Cuando ve tu estampa, toda raspada, mugrienta y despeinada como si te hubieran arrastrado con caballos por las calles de un pueblo vaquero, el semblante del joven oficinista se descompone en un gesto de preocupación.

Percatandote, te levantas lo que queda del vestido para tapar aunque sea el pezón, que sin el tirante que te arrancaron en el antro resulta inútil pues se vuelve a caer, así que te cubres con la mano, que tiene los nudillos pelados y ensangrentados por la caída. Notas que Miguel levanta la mirada del área de tu pecho, y apenado te mira a los ojos, mientras traga visiblemente saliva.

— Señorita, ¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde está el ladrón?, ¿A poco se peló con su bolsa? —pregunta ansioso mientras te ofrece su suéter vomitado para cubrirte.



Notas que Miguel está dispuesto a hacer todo para protegerte y ayudarte a recuperar tus cosas, incluso llegar tarde o faltar a la oficina ese día. Las lágrimas que empiezan a correr por tus mejillas son quirúrgicas armas de manipulación emocional, que han surtido efecto en el joven godínez quien se siente realizado por poder ayudar a una hermosa dama en desgracia. Quizá se te pasó la mano, pues te das cuenta que cualquier cosa que le pidas a continuación, la llevará a cabo con tal de ayudarte. Con los ojos rojos mirando a Miguel, como un bebe desprotegido envuelta en un aura de desamparo y ternura, le dices

— Ayúdame, no permitas que me hagan más daño —retirando de la puerta para cederle el paso a Miguel

La desvencijada puerta de madera está sujeta por una herrumbrosa cadena, la cual está cerrada con un pesado candado. Haciendo un esfuerzo, tanto tú como Miguel se cuelan al interior, un largo pasillo los recibe, el olor a humedad, moho y excremento de fauna nociva es muy penetrante.

Salen del corredor y tras pasar un ruinoso patio donde la vegetación y el abandono campan a sus anchas, la fachada de una de esas viejas casas estilo neoclásico construidas en los años 30 los recibe.

En su interior, penetran a la sombra de un recibidor enorme, hace frío, huele a salitre y madera en descomposición. Restos de muebles, cables eléctricos muertos y grafiti dan forma a la decadente decoración del lugar. En los pisos inferiores, los excrementos de ratas y las moscas muertas se acumulan en las esquinas y bajo las ventanas. Los cuartos carecen de puertas, y todos han sido despojados de cualquier

objeto útil o valioso. Chorretones de humedad forman charquillos de pestilente agua estancada.

Entre las sombras de las cornisas, escuchas el gorjeo de palomas anidando. De pronto, a distancia, percibes el eco de una carrera accidentada, los pasos del ladrón que provienen de los pisos superiores corriendo sobre madera desvencijada.

— Yo m-me llamo Miguel, Miguel Valdivia. ¿Y usted señorita? — te dice el joven que te acompaña extendiendo torpemente su mano, esperando estrechar la tuya, mientras te pones el suéter que te proporciono afuera. Miras sus manos suaves y carentes de heridas o callos. Son las manos de un oficinista que nunca ha visto más sangre que algún corte de papel. Los ojos de Miguel son amables y no denotan malicia alguna. Al no contestar su saludo, carraspea avergonzado y limpia su mano en el pantalón, nervioso, como si hubiera notado que estaba sudando.

— Cr-creo que el chavo subió las escaleras, a lo mejor todavía lo alcanzó. Quédese aquí, yo me encargo, no se preocupe —los nervios en su voz te hacen dudar que pueda hacer algo. Tiene buenas intenciones, pero carece de las herramientas que un vagabundo gana sobreviviendo en esta hostil ciudad.

«~~Encuentra al conejo blanco~~» Cientos de pensamientos se agolpan en tu cabeza, ¿Quedarme sola? Suena a una pésima idea, pero y ¿Si es una trampa? De todas formas creo que Micky me va a defender. Voy a quedarme mejor cerca de la entrada, si algo pasa mejor corro a pedir ayuda, no no. Pero me quedaría sola, no, mejor no me quedo sola, que tal si alguien más está por aquí, ya voy a dar por perdida mi bolsa, NO NO, no me va a volver a pasar, mejor subo...

— Vamos por ese malnacido, ¡Hoy se metió con la mujer equivocada! — dices muy decidida con la sangre llena de adrenalina

Buscas alrededor tratando de encontrar algo con que defenderte, encuentras un viejo bate de béisbol, posiblemente abandonado aquí hace años, por algún niño que perdió su inocencia en esta soledad y podredumbre.

Lo levantas y después de darle unos golpecitos en el borde de la escalera para comprobar que no esta podrido, se le entregas a Miguel.

— Toma, esto te servirá para defendernos, cuenta conmigo, y mil gracias, cuando salgamos de esto, te voy a preparar un café y un sándwich —mientras le entregas la vieja herramienta de deporte, con el dedo índice le acaricias la mano, en una señal de empatía y solidaridad

— Una varilla o algo puntiagudo que yo pueda usar como arma, por aquí debe de haber —dices en voz baja, hablando contigo misma

Continuas buscando algo que parezca un arma en los pisos llenos de basura y agua de la vieja casona, cuando escuchas que las paredes de la mansión cruje, pareciera

que un camión de remolque paso veloz por la avenida, todo rechina a madera vieja, algunas palomas vuelan ante el movimiento telúrico, escuchas el gorjeo de las palomas que no volaron, las ratas en sus nidos musitan ansiosas, estar en esta soledad y desamparo le estruja al más valiente el corazón.

Estás a punto de darte por vencida cuando del suelo surge una varilla oxidada pesada y larga que te roza los dedos, debajo de una capa de lodo encuentras que es una especie de cuchillo alargado de 45 centímetros aplanado y afilado en las partes indicadas, alguien muy hábil lo volvió un arma peligrosa. Mucha más confiada, esperas que no tengas que llegar a la violencia. Otra vez una luz azulada te deslumbra en esta penumbra y el sonido seco, similar a un hueso haciéndose añicos.

¡TAC!

Nuevamente el mareo, las piernas te flaquean mientras suben las arcadas, te controlas porque no tienes nada en el estómago. Miguel se acerca a sostenerte y evita que caigas en este piso lleno de lodo y agua estancada.

— ¿Te encuentras bien? —te pregunta con la galanura del príncipe que acaba de rescatar a la princesa del dragón

— Gracias, iba a entrar sola, pero ahora me siento segura al lado de un verdadero hombre —agarrando con delicadeza su brazo

Mientras ambos suben las escaleras, el ruido de madera podrida resuena en toda la casa, los pasos del piso superior vuelven a sonar, definitivamente hay alguien en los pisos superiores.

— Mas te vale devolverme mi bolso, venimos armados, si lo entregas por las buenas, nos iremos y no levantaremos cargos

— La policía ya viene en camino —grita Miguel mientras que con el dedo en los labios te solicita silencio

Suben las escaleras desvencijadas, las cuales se quejan bajo peso de sus cuerpos conforme ascienden. Segura que con el bat Miguel podrá plantarle cara al ladrón, continuas subiendo tomado de su sudorosa mano, solo para descubrir que no lleva nada en la otra, un espasmo te oprime el pecho. Jurarías haber encontrado un bate, hasta estabas segura de haberlo levantado y golpeado en tres ocasiones para comprobar su dureza, y tal vez sea por el golpe al cruzar la calle, pero te percatas que Miguel no lleva nada en la mano.

Aprietas en la mano la varilla afilada que encontraste, y con pánico descubres que tienes en la mano el tacón que te queda, el cuchillo improvisado fue parte de una de tus fantasías, observas la zapatilla sabiendo que es real y podría clavarse en un ojo si fuera necesario.

— Los héroes no usan tacones — musitas mientras continúas subiendo las escaleras

Nunca has hecho este tipo de cosas, pero desde ayer en la noche has visto y sentido cosas que solo en tus peores pesadillas te hubieras imaginado.

La planta superior de la casa tiene un olor a salitre, medicinas caducas, a cloro y desinfectante. La luz se cuele por los cristales rotos de los grandes ventanales, revelando la pintura descascarada en las paredes, el papel tapiz devorado por los hongos y la humedad, la madera carcomida por las polillas. El hueco de las escaleras está protegido con un barandal de herrería. Y un tragaluz de vidrios esmerilados manchados de sedimento negro deja pasar una luz gris y fría.

— Miguel, una disculpa, estoy muy nerviosa, me llamo... —haces una pausa, no sabes si decirle tu nombre verdadero, — ...Camila.

Es el nombre que siempre usas cuando no quieres establecer una relación con alguien, es un nombre de fácil desprendimiento y sencillo de recordar.

— ¡TAP!, ¡TAP!, ¡TAP!, ¡TAP! —Alguien corre adentro entre las penumbras, a solo unos metros de distancia. Ves a Miguel tragar saliva. Está visiblemente alterado y se detiene.

— ¡TAP!, ¡TAP!, ¡CLACK!, ¡TAP!, ¡TAP!, ¡CLACK!, —De otra dirección distinta, otra carrera, más liviana, como la de una mujer o un niño. Varios aleteos de palomas en la oscuridad rompen el silencio.

— ¿Viste a alguien más entrar, Camila? ¡Aquí hay gente viviendo! —dice titubeante el joven oficinista. Casi parece que el pánico estuviera haciendo presa de sus arrestos.

— N-no, no escuche entrar a nadie m-más —titubeas

¿Qué diablos estabas pensando Susana del Pilar?, ¿Que este godinez iba a llegar como un héroe de las novelas que compras en las librerías de los aeropuertos, en su caballo blanco, con la camisa desabotonada mostrando su musculoso y bronceado pecho, e iba a hacer justicia contra aquel que osó robarte? ¡Esto es la vida real, aquí los vagabundos traen navajas hechas con trozos de varilla afilados en la banqueta, y la gente te mata a golpes con una piedra! ¡Aquí las mujeres desaparecen en casas abandonadas, justo como esta, para nunca más ser vistas!

— Camila, ¿qué pasa? ¿Oíste algo? —pregunta el muchacho visiblemente nervioso. Su mano suda mas que nunca, es desagradable estrecharla. El sonido de pasos y dos diferentes voces proviene detrás de una desvencijada puerta más adelante, definitivamente hay más de una persona en este lugar.

— E-están ahí detrás de esa puerta, creo que ya nos escucharon... —dice Miguel, mas murmurando que hablando, con la voz quebrada, también después de hacer su propio chequeo de realidad y respirar profundamente

— Mejor vámonos Camila. —mientras te mira con ojos suplicantes, ves un valor que no puedes explicar en ellos.

«~~Busca al conejo blanco~~» Por un instante antes de entrar, sostienes la sudorosa y caliente mano de Miguel, y puedes sentir que este hombre está realmente haciendo todo lo que está en su poder para ayudarte y defenderte, te recuerda a otras personas en tu vida que se quitaron el pan de la boca para comer juntos, que se pusieron en el camino del daño y del peligro para que tu pudieras estar a salvo, sabes por la textura de sus manos que no es un hombre de acción, no es alguien que resuelva sus problemas con violencia, piensas en todo aquello que pudo ser y no fue, que hubiera pasado si mejor hubieras dado por perdido el bolso.

Te sientes mal por engañar a alguien que se está arriesgando, por ti, "Camila", tal vez debiste decirle tu nombre verdadero, recuerdas a sus amigas que sí fueron ese día y cómo cambió sus vidas.

Una esperanza que todo va a salir bien te llena como un bálsamo fresco, Miguel es una luz de seguridad y certeza. Es alguien que puede llegar a estar contigo, a tu lado.

— Todo va a salir bien, eres muy valiente por ayudarme —le dices a Micky mientras te acercas a darle un besito en la mejilla, para darle ánimos.

El hedor a sudor, adrenalina y miedo que emana de Miguel, hace juego con los aromas y hedores que la rodean

— Gracias —murmura mientras aguza los sentidos para saber si hay alguien cerca y evitar ser sorprendidos

Tenía mucho tiempo que no eras cuidada por un caballero, se siente bien...

— ¡GROARGH! —gruñe Miguel, imbuido de valentía, empujando la puerta de par en par.

— ¡THUD! —Miguel cae al suelo, inconsciente, tras recibir un golpe en la nuca. El vagabundo trae un pedazo de polin en las manos.

Intentas retroceder. Demasiado tarde, detrás de ti una niña escuálida, mugrienta y cubierta de andrajos con la cara grotesca pintada de payasita con la nariz roja y diamantes negros deslavados debajo de los ojos te amenaza con un cuchillo pequeño.

— No te muevas reina, o te pico —te dice con una voz perturbadora, como la gente que ha sufrido una cirugía de sus cuerdas bucales, un sonido ronco y gorjeante que no tiene el tono de un infante.

— Mejor hágale caso seño. La gusana, aunque la vea chiquita, ya ha picado a varias gentes. — agrega el vagabundo que te arrebató la bolsa, mientras comienza a revisar a Miguel, despojándolo de cartera, llaves y celular.

La gusana, una niña morena de unos nueve años ...¿once quizás?, cuchillo en mano, avanza hacia ti con la confianza y frialdad de un asesino. A la luz, vez en su cara los rastros de una vida en la calle, la mugre apelmasada en su cara, su cabello negro revuelto, grasiento, varias capas de ropa, algunas de hombre, playeras agujereadas, falda razgadas y debajo unos mallones, botas de casquillo rematando sus flaquisimas piernas. Sus ojos de niña-no-niña te miran. En ellos ves una vida de hambre, de violaciones, de golpes y maltrato que la han endurecido, templándola al fuego de la violencia callejera. Con sus manitas sucias sujeta lo que parece un cuchillo de cocina, el cual a fuerza de rasparlo contra el cemento se ha convertido en un pequeño y letal bisturí artesanal. Te hace entrar en el cuarto mientras sonrío, chimuela de los dientes frontales, para terminar la horripilante visión una cicatriz en el cuello que da la impresión que fue hecha por asfixia con un alambre de púas.



— Siéntate allí, ponte tu zapato, mami —Murmura la gusana, con esa voz enloquecedora señalando con un ademán de su cuchillo uno de los desvencijados sillones al fondo de la habitación.

Obedeces sin chistar. hay algo en su mirada que sabes que no está jugando, una aura de ignominia rodea a la criatura. El salón en el que te encuentras parece ser una improvisada sala de reunión. Sillones de tapicería desvencijados y raídos por el tiempo forman un círculo en torno a una mesita de centro, donde descansan los restos de jeringas, tubo de goma, algodones manchados de sangre y una cuchara de metal.

Los restos de tazas y un mechero de alcohol atestiguan los restos de una fiesta del té la noche anterior. Un ventanal, cerrado a media luz por cortinas deshilachadas de color vino, decoloradas por el sol iluminan la decadencia de la pieza. Un horrible papel tapiz blanco y rojo se pudre lentamente en las paredes como la piel de un leproso. El desvencijado sillón cruje cuando te sientas.

Una tercera figura entra a la habitación. Es un sujeto chaparro, de piel clara y con una prominente barriga, a pesar de que el resto de su cuerpo es delgado y nudoso.



Trae una gabardina raída de piel color negro, pantalones vaqueros agujereados y botas piteadas. El cabello es largo y pintado con un mechón lila y otro verdoso, el resto cae sobre su espalda en una cola grasienta en color oscuro. Su cara es fría y tiene unas gruesas cicatrices en las comisuras de la boca. El tatuaje de un peón de ajedrez debajo de su ojo derecho remata una mirada fría que parece esculcar por debajo de la piel. La gusana y el vagabundo se cuadran ante él. Su sola pinta y la

actitud de estos maleantes cuando entro, te hacen entender aterrada que es su líder, ubicas a los dos, estaban haciendo malabares en las esquinas.

— ¿Y ora? ¿Quiénes son estos? —pregunta el sujeto, con un acento que no alcanzas a ubicar, dándole una casual patada en las costillas a Miguel, el cual despierta quejándose del dolor.

— Me siguieron, andaban tras de mí, Colombiano —explica agachado el vagabundo, sin atreverse a levantar la mirada, entregando tu bolso, la cartera de Miguel y su celular como ofrenda.

— ¿Y usted? —inquire El Colombiano, mientras se sienta a tu lado en el sillón, agarrándote una rodilla con una mano callosa y corta. Notas una sobaquera de cuero bajo su gabardina, con un cuchillo cebollero muy afilado de unos 45 centímetros enfundado en ella.

— Creyeron que que El Canicas andaba solo, se metieron tras de él y aquí arriba los agarramos —explica la gusana con esa distorsionada voz ronca y afónica, que no va en el cuerpo de una niña si no en el de una fumadora de 90 años de edad con enfisema.

— Pues mala hora bizcocho, pa'que usted tenga una culebra conmigo —te dice sonriendo el Colombiano, y notas que sus ojos son azules y fríos como hielo sucio.

— Creo que serás el regalo perfecto para los patrones —Los desalmados ojos se fijan en tu seno semi desnudo, sonrío con maldad, su mano comienza a subir por tu muslo, forma con sus cortos y regordetes dedos de un muñequito jugueteón que camina.

Comienzas a temblar, estás en más problemas de los que habías considerado, la gusana está sentada en el piso jugando con una ridícula caricatura de un juego de té, tazas rotas percutidas de suciedad posiblemente sacadas de algún basurero de los restaurantes cercanos, unas cucharas oxidadas afiladas en punta y pedazos de botellas rotas amarradas con mecate a varas de madera astillados forman la vajilla de pesadilla.

Escuchas a la niña platicar con los asistentes a la macabra fiesta infantil, una muñeca barbie sin cabeza, con las extremidades quemadas, un oso de peluche deslavado color rosa cubierto de lodo y de sangre seca, y una muñeca voodoo con tachuelas en vez de ojos, el Canicas está recargado en la pared, inhalando un disolvente, con los ojos rojos y riendo como loco, mientras el Colombiano te ve fijamente con sus ojos dementes.

— No queremos problemas, quédense con el dinero, y todo lo de valor, solo quiero mis credenciales, que es un problemita obtener, pinches autoridades ya saben como son—les dices tratando de generar algo de empatía, en este singular grupo, aunque te sienta mal decir groserías, no estás acostumbrada — A ustedes no les sirve de nada,

denme mis notas y no nos vuelven a ver, todos tenemos que ganarnos la vida, ¿No?
—mencionas contrariada por la situación
— Déjenos ir, ahí muere —ruegas con lágrimas en las mejillas

Se hacen unos segundos de un silencio sepulcral, los 3 malvivientes te ven fijamente.
— ¡Ja,Ja,Ja,Ja! —El trío estalla en carcajadas. La risa de La Gusana es horrisona, suena como un perro a punto de vomitar. No recibes mayor respuesta a tus súplicas. Las risotadas hacen eco en el abandonado edificio. Ninguno se apiada de ti. Son individuos enfermos, incapaces de empatía como la gente normal, sociópatas criminales. De la peor escoria en la sociedad. Prefieres guardar silencio, ante esta situación.

— Gusanita ¡mija, revisale la bolsa a esta parcerita, y para bola con todo lo de valor — ordena el Colombiano, quien ahora camina con su muñequito de mano por tus hombros hasta tus cachetes, mientras la niña vacía los contenidos de tu bolso, de donde cae Alicia en el País de las Maravillas. La Gusana lo levanta, de cabeza. Pasa las hojas rápidamente mirando los dibujos. Después de un momento lo avienta a un lado en el suelo y sigue hurgando entre el resto de las cosas.

— Mira mami, ¡para mi disfraz de payasita! —te dice con su voz gutural La Gusana, mientras comienza a pintarse la nariz de rojo con tu labial.

— ¡Juemadre Gusana!, deje esa vaina allí donde la encontró! —la regaña el Colombiano.

— ¡Colombiano, se está despertando este güey! —Alerta El Canicas.

La Gusana, veloz como rata se le acerca con su mini bisturí y levantandolo de los pelos se lo pone en la garganta. Tan afilado como una gilette, una perla de sangre rueda por el cuello de Miguel, quien levanta las manos en señal de rendición.

— Ahí muere amiga. Ya tienes el dinero y los celulares, ¡danos chance!, ¡yo a esta pinche vieja ni la conozco! —ruega, muy asustado, Miguel.

— Gusana, no me maltrate la mercancía ¡mija, que luego se me emborucan los patrones. Mejor amárreme bien a este culicagao y póngale una chuspa, y me lo lleva pa'l cuarto de junto bien aseguradito —ordena sonriente El Colombiano, levantándose y por fin dejándote en paz.

— ¿Y qué vamos a hacer con la seño Colombiano? —pregunta El Canicas pasándole un rollo cinta de aislar negra a la niña, quien comienza a amarrar los pies de Miguel metódicamente.

— Esta noche salen a “rumbiar” las fieras, y La Providencia nos trajo esta mercancía tan fina... yo ya me pienso que los patrones van a estar muy contentos. Hoy no se van sin cenar —ríe con malicia el Colombiano caminando hasta la ventana y mirando hacia la calle mientras enciende un cigarrillo.

Ya amarrado Miguel, La Gusana y El Canicas comienzan a amarrarte a ti, primero de tobillos y luego de manos, para finalmente llenarte la boca también con cinta que pasa por detrás de tu nuca. El sabor del plástico y el pegamento son repugnantes y te hacen salivar como perro San Bernardo. Continuas llorando sin ningún efecto, ahora ya más para calmarte que para conseguir clemencia. El libro quedó abierto y tirado en el suelo, sobre unas jeringas usadas y oxidadas. Momentos después, Miguel y tú son llevados a empujones dentro de un cuartito donde una única ventana enrejada da a un patio interior abandonado. El lugar, antiguamente un baño, huele a humedad, orines y sangre. Miguel es amarrado de manos con alambre recocido a las tuberías de un viejo lavabo, tú por tu lado eres atada de manos a un viejo calefactor de ambiente, tapizado de excremento de rata. Las paredes llenas de grafitis te dan dolor de cabeza, y las paredes se caen a pedazos por la humedad y el descuido.

En el fondo del cuarto, una tercera víctima de estos sujetos se encuentra tirada en la bañera, al parecer inconsciente, su cabeza está inmóvil y su cabellera cae a un lado de la bañera. Se trata de una joven mujer rubia, que viste solo unos calzoncitos mugrosos y orinados sobre su espectacular cuerpo de modelo. Lleva una blusa sin mangas, raída, sucia de sangre y lágrimas. Su maquillaje está corrido y sus uñas están destrozadas.

En la nuca lleva una quemadura reciente, como si la hubieran torturado con el encendedor de un coche. Ella es la única que no está atada a nada.



— ¿Y esta ruca jefe? —pregunta El Canicas frotándose las manos, mirando a la chica rubia.

— Aquí la parcerita gusanita la encontró vagando solita por la Doctores —responde el jefe — Así que me la trajo de regalo en la madrugada —termina El Colombiano acariciando juguetonamente la cabeza piojosa de La Gusana, quien satisfecha sonrío con sus dientes chimuelos.

— Oiga Colombiano, y hoy yo le traje a esta blanquita, hasta parece una muñequita... raspadita, pero muñequita al final —agrega con timidez El Canicas, mientras te señala dándote una pequeña patada en las nalgas.

— Así mismo es, parcero, con esta entrega ya nos olvidamos de aquella vaina con la mulata que asfixió en esa misma bañera, Canicas. Los patrones no compran carne muerta, usté bien lo sabe. Así que estamos a mano —responde El Colombiano mirando con hostilidad al Canicas, quien traga saliva visiblemente intimidado.

Los tres individuos salen del cuarto cerrando la pesada puerta de metal con doble chapa. Se le escucha hablar entre ecos, distorsionados por la aberrante acústica del lugar. Luego se escuchan carcajadas, entre las que tu oído percibe la ronquera de La Gusana. Escalofríos recorren tu cuerpo.

— ¡Putá madre! Me van a correr de la oficina si no aviso —dice Miguel. Con un poco de esfuerzo, tu salvación aflojó el pegamento de la boca. Jalando con tu dedo te bajas la mordaza jalando aire. Tu situación empeora minuto a minuto. El dolor de los golpes y raspones se está agudizando, conforme la adrenalina va siendo reabsorbida. Actuando en solitario, solo lograrás ser asesinada por la pequeña psicópata del bisturí, o ahogada por el vagabundo. Y no quieres pensar que tiene reservado para ti ese tipo al que apodan El Colombiano.

~~«Encuentra al conejo blanco, depende de ti»~~ ¿Y quienes son los patrones? ¿Por que al escuchar ese nombre vienen a tu mente flashazos de orgías sangrientas, cuerpos mutilados colgados congelados como reses? ¡MALDITA SEA! viéndolo en retrospectiva, no valía la pena arriesgarte por unas notas, credenciales y unos pesos, cómo es posible que a unas cuadras de mi casa operen estos maldecidos.

— Miguel, creo que tu trabajo ahorita es lo menos importante, por favor enfócate, tenemos que salir de aquí, ¿Qué tan amarrado estas? ¿puedes zafarte?. Si conseguimos zafarnos, tendremos una oportunidad.

— ¿Y qué propones Camila?, ¡por tu culpa estamos metidos en esto! ¡Nunca debí ayudarte, ahorita estaría llegando al trabajo! ¡Hoy es viernes, viernes de escote de Lulú la de contabilidad! ¿Sabes lo que es ver eso? —la cara de Miguel está roja del coraje —¡Todos los de ventas esperamos con ansia el momento en que va por su café y su pan dulce con Don Lalo, el del carrito! ¡Baja las escaleras corriendo, en toda su gloria sin brassiere! —grita alterado Miguel.

La chica rubia está empezando a reaccionar por los gritos de Miguel. Parece que la noquearon al aventarla a la tina, pues tiene una herida en la cabeza y sangre apelmazada en su rubia cabellera para despertarla del todo, necesitas aventarle algo.

«~~Salva al conejo blanco~~» ¡Lo tengo, mi zapato! piensas. Con un movimiento, te posicionas de cara a la chica a pesar de la penosa situación en la que te encuentras. Tendrás que levantar ambas piernas para que el tacón vuele hasta la bañera y le pegue a la chica rubia. Solo tienes una oportunidad. Respiras profundamente tres veces para concentrarte, como aprendiste en las pocas clases de yoga que fuiste. Al exhalar la última profunda inspiración, balanceas tu rodilla con toda la puntería que le permite esta posición y con ambas piernas, ¡TU ZAPATILLA SALE VOLANDO!

En cámara lenta, tu tacón recorre la habitación girando en el aire como si tuviera vida propia, en el último instante, titubeaste, aparentemente requería cuatro o cinco respiraciones, tan pronto el zapato abandonó tu pie sabías que iba a fallar, solo se puede escuchar como un susurro "P... M...." ahogado y reprimido en tu garganta. Una ira invade tu cuerpo, la sangre empieza a recorrer con velocidad y fuerza tus venas enrojeciendo tus bellas y tersas mejillas. El zapato sigue girando en el aire, y muy enojada, volteas a ver a Miguel, que parece más preocupado por verle los senos a Lulu, que por salir de esta situación en la cual no estarías si fuera más hombre y fuerte.

— !Clank, Clank; —al ruido del zapato fallar, renuncias a toda esperanza.

— TODO ESTO ES TU CULPA, si fueras mas fuerte y más valiente, no estaríamos en esta situación, para Lulu, solo eres un ridículo pagafantas —gritas muy enojada, tu voz suena distorsionada por el coraje.

«~~Salva al conejo blanco~~» Te quedas en silencio buscando las palabras adecuadas para calmar a Miguel y disculparte, sabes que no es su culpa, no debiste seguir a un ratero a su guarida, y enfrentarte a sus cómplices en una casa abandonada.

— Lo siento, Miguel, no quise decir eso —bajas la cabeza apenada.

Miguel te mira con cara de asombro y decepción, lo ofendiste, el dio lo mejor que tiene para ayudarte de manera desinteresada, se arriesgó por una desconocida, fue la única persona que se acercó a darte auxilio, es muy probable que haberte ayudado sea lo más emocionante que le ha pasado este año, y sin embargo tu lo ofendiste, y ni siquiera pudieron hacer que la chica de la bañera reaccionara. Miguel voltea la cara y aleja la mirada de ti, sin decirte nada, un silencio sepulcral llenó el ambiente.

No tienes mucho qué decir, esta situación empeora cada momento, los últimos momentos han pasado rápidos y trepidantes, ni siquiera puedes recordar como llegaste a la banca. Al analizar tu precaria posición, escenas grotescas de gente colgada de ganchos, gritos agonizantes ahogados de un lugar muy lejano y ríos de sangre putrefacta inundan tu mente, no puedes dejar de recordar al conejo de tres metros, que con una voz profunda que corta y lastima tu conciencia te susurra... «~~no estás salvando al conejo blanco, suzzie~~».

Un sobresalto te estremece al ver un graffiti al lado de la bañera, no reparaste en él por la adrenalina de venir persiguiendo al ladrón. Nunca has creído en casualidades, consideras que cada decisión en tu vida la has tomado con autodeterminismo y tu capacidad volitiva es lo que te ha llevado hasta este momento, ¿porque está justamente este graffiti aquí?.

La pared contigua a la ventana que da al patio interior tiene marcas de óxido de agua escurridas por la pintura, ahora amarillenta por el paso del tiempo, múltiples graffitis adornan la superficie, la mayor parte de ellos son nombres de bandas de vagos y groserías, las inscripciones que llamaron poderosamente tu atención son unos glifos que nunca habías visto, una especie de engranajes con marcas de extrañas letras dentro de la estructura, figuras triangulares invertidas, formando excéntricos relojes de arena coronados por símbolos arcanos rimbombantes en lenguajes ajenos, debajo de toda esta grafía se encuentra un dibujo a color perfectamente definido de una niña sentada, con un vestido azul al lado de una botella de cristal con un contenido acuoso del mismo color, un mensaje en español está claramente escrito detrás de la simbología, “¡BEBE ME!” como una orden que te hipnotiza te le quedas viendo fijamente, tu pulso se acelera, la boca se te seca, el mensaje es lo único claro en la habitación tu mirada se nubla todo alrededor se ve distante, como si el espacio hubiera aumentado, tienes vista de túnel como un depredador agazapado en la maleza a punto de brincar sobre la gacela, la cabeza te está pulsando, el único sonido que puedes oír es tu corazón que late a sobremarcha ¡PUM!, ¡PUM!, ¡PUM!, tu taquicardia bombea sangre a todo tu cuerpo, sientes que el aire te falta, todo te da vueltas, las náuseas empiezan a subir por tu esófago, toda la velloidad de tu cuerpo está excitada, tienes una sensación de carne de gallina en todos lados, el hormigueo en pies y manos se vuelve insoportable, el vacío en tus pulmones empieza a dolerte... estás empezando a hiperventilar...

— ¡BEBE ME! —gritas a todo pulmón con el último aire de tus pulmones antes de perder el sentido



Terminas de pronunciar la orden de la pared y todo se congela, Miguel y la mujer rubia quedan detenidos como estatuas, el incesante goteo del lavabo se calla, una gota de agua llena de suciedad queda suspendida en el aire, estás inmóvil pero consciente de todo lo que está pasando, no puedes moverte ni respirar, tus pulmones arden como nunca lo habías imaginado, tu sangre estática en tus venas hace parecer que el dolor se extenderá por siempre.

Luego viene la inversión, todo emprende marcha atrás. Tus lágrimas ruedan hacia arriba de tus cachetes y se meten por tus lagrimales, el dióxido de carbono de tu aliento regresa a tus pulmones que lo convierten en oxígeno, la gota de agua salta del charco y se cuelga de la punta de una hoja, un avión en el cielo vuela en reversa y aterriza. Las multitudes de hombres y mujeres salen de la oficina caminando en reversa, abordan el metrobús para llegar a casa, escupen el café de nuevo en la taza, y luego extraen agua fría y café molido de sus cafeteras. Todos regresan a sus camas a dormir.

Tu zapato vuela de regreso a tu pie. Ya no estás amarrada, estás corriendo, hacia atrás, cada vez menos cansada, te avientas al suelo para sanar tus heridas, recoges del pavimento tu dermis raspada y la incorporas a tu piel, saltas del suelo a la avenida en cámara lenta y aterrizas en tus pies esquivando un camión de bonafont, el agua evaporada al haber tocado el pavimento caliente se vuelve a hacer agua y se vuelve a meter en los garrafones que brincan del suelo y se vuelven a acomodar en su carga mientras el humo blanco de sus llantas se vuelve hule vulcanizado nuevamente.

Cruzas Bucareli corriendo en reversa, los autos te esquivan, las mentadas de madre y groserías suenan como en un disco que se reproduce en sentido contrario. El vómito regresa a tu boca despegándose del suéter de Miguel que se desmancha y recupera su color azul original, recuperando la compostura y un semblante amable se aleja de ti caminando de espaldas, Tu cabeza está a punto de estallar, con la peor jaqueca que puedas recordar, toda la realidad gira a tu alrededor a gran velocidad como un planeta orbitando un hoyo negro masivo, el tiempo se detiene nuevamente, el ardor en tus pulmones hace que te sientas mareada. Una luz azulada te ciega, seguida de un estruendo que suena como una madera seca al romperse.

¡TAC!

El atronador sonido te deja temporalmente sorda, distorsiona tu sensación de equilibrio, obligando a apoyarte de un auto estacionado para evitar caer de bruces. Tienes que hacer una pausa, la flecha del tiempo retoma su dirección, pero esta vez recuerdas lo que va a suceder, la casa, el Colombiano, la chica en la bañera, eres Susana del Pilar Orihuela y lo recuerdas todo.

Un joven oficinista, al verte con tan mala cara, deja su mochila en el suelo y corre a ayudarte, solo para ser recibido por un chorro blanco amarillento de vómito que se proyecta de tu boca a presión, ensuciando su suéter y su gafete. Escuchas unos pasos corriendo atrás de tí. El Canicas se dispone a robar tu bolso, pero esta vez estás alerta.

Volteando rápidamente pones distancia de por medio usando a Miguel de escudo humano para proteger tu bolsa con el libro y tus documentos

— !NO VAS A ROBARME, OLVIDALO! Hoy te metiste con la Dama equivocada —le gritas con fuerza al Canicas, que se acercaba a ti decidido y furtivo — ¡AUXILIO! ¡AUXILIO! ¡ME ESTAN VIOLANDO! ¡AUXILIO! gritas a todo pulmón para que volteen los transeúntes cercanos y el canicas no quiera tratar de asaltarte.

— ¡No, pos no hay fijón!, yo solo quería darle una ayuda a la damita que se iba a caer de jeta en el suelo... —dice El Canicas, levantando las manos con las palmas abiertas en son de paz, y sin dejar de caminar, prosigue su camino por la calle en dirección a Bucareli.

«~~Sigue a la conejo blanco~~»

Todavía apenada por vomitar a Miguel, sintiéndote mejor después de sacar ese desperdicio de tu cuerpo un solo pensamiento cruza por tu mente y te golpea como un balde agua fría en tu cerebro.

— ¡EL LIBRO! —dices en voz alta a pesar de la obnubilación en tu cerebro — !EL LIBRO es la clave de todo esto! —dándote una sonora palmada en la frente

Ves al Canicas alejarse de ti, tocas tu bolsa y el libro, respirando con alivio porque todo fue tu imaginación, pero...

Sabes bien dónde va, sabes quien lo espera ahí. Sabes como entrar y la disposición del lugar y Dios mío, esperas que no le hagan daño a esa pobre chica de la bañera, tienes que hacer algo, ayudar a la dama en desgracia.

Pensamientos dobles se sobreponen en tu mente, voces diciendo lo mismo, negando, afirmando, cambiando recuerdos vividos de una vida que no es tuya, pero si es de Susana, situaciones que sucedieron en el futuro, sabores imposibles de una época distante que no pasó.

~~«susana mcfly, los viajes en el tiempo no Existen, solo existe la conejo»~~

¿Pero qué dices Susana del Pilar? Esto no es Back to the Future, no eres Suzie McFly que le podrá dar un puñetazo a Biff Tannen y arreglar todo

~~«los viajes en el tiempo NO EXISTEN, Salva a la conejo»~~

Pero por otro lado ¿por que la boca te sabe a pegamento y cinta de aislar? No puedes ser egoísta y dejarla a su suerte.

~~«en este mundo los héroes no Se Ven como tú, en mi mundo los héroes Usan tacones»~~

Los héroes no usan tacones, puedes intentar explicarle a las autoridades como sabes que una chica está secuestrada en una casona abandonada a unas cuadras de tu departamento, pero cómo justificarías que lo sabes.

~~«miguel Es un cobarde»~~

Puedes decirle a Miguel que invite a salir a Lulú la de contabilidad, que se pone ese escote precisamente por que quiere llamar su atención. ¡Diablos!

~~«Vas a Causar un huracán del otro lado del mundo.... »~~

¡Todo tiene tantas variables, tantas aristas, tantos nudos y tantos tonos de gris que es imposible saber si el aleteo de una mariposa causará un huracán en el otro lado del mundo.

~~«Olvida a miguel, solo Sigue a la conejo y Salvala»~~

Tu tren de pensamientos es interrumpido por la voz del joven oficinista, que a pesar que es la primera vez que la escuchas te es completamente familiar, porque hace unos segundos lo acabas de insultar hace una hora en el futuro.

— ¿Te encuentras bien amiga? —inquire Miguel, después de sacar unos pañuelos desechables de su mochila. Te ofrece dos y él comienza a limpiarse con otros dos.

Al ver a Miguel totalmente inocuo, una imagen, un recuerdo borroso abruptamente te llega a la mente, ... la chica de la tina tenía un tatuaje de un conejo blanco en el hombro.

~~«Se egoísta, tú ya Estás a salvo, Déjalo a su suerte, Es un cobarde, Sigue a LA conejo, Es tarde, qué tarde Es»~~

— ¡LA CONEJO! —gritas muy emocionada sorprendiendo a Miguel.



— ¡Hoy es viernes! Miguel eres mucho más hombre de lo que tu sabes, lo sé porque lo he visto, eres valiente y un caballero, TU eres la razón por la que ella usa ese escote, Lulú la de contabilidad desea que le hables, y pronto bajara por su café y pan dulce con Don Lalo, el del carrito! —le hablas de frente a Miguel con una voz muy seria y calmada, sujetándolo por ambos brazos

— ¡Hoy es viernes! y será el mejor día de tu vida... —sin darle tiempo a reaccionar, le plantas un apasionado beso en la boca

— Vamos Miguel, corre, ¡Hoy es Viernes!, tenemos que salvar a la Conejo! Ahora todo tiene sentido... CORRE! —tomas de la mano a Miguel

~~«Los héroes no usan tacones, necesitas correr para salvar a la Conejo»~~

Sales corriendo a toda velocidad arrastrando a Miguel, en dirección de la enorme casona, si eres lo suficientemente veloz, podrás cruzar Bucareli con el siga y el camión de bonafont casi te mate, con lo cual podrás entrar a la mansión antes que el canicas para salvar a la mujer rubia en la tina de estos criminales.

— Miguel, ¡Salvemos a la conejo! —gritas extasiada

Sientes que Miguel tira de tu mano, después de correr tras de ti algunos metros.

— Señorita, es usted muy guapa, pero tengo que llegar a la chamba... —dice obligándote a detenerte. —¿Cómo supo sobre Lulú la de conta? —pregunta mirando a los lados de la calle, ruborizado y nervioso, como si esperara descubrirse de un momento a otro, en un programa de cámara escondida —¿Jerry y el Cuau le dijeron que me hiciera la broma verdad damita? —pregunta poniendo cara de idiota. Por un momento, ambos quedan en un silencio incómodo.

— Bueno señorita. Pues no se preocupe por el suéter. Luego me lo lava mi amá —de un modo algo torpe te extiende la mano sin verte a los ojos —Cuídese mucho. Hasta luego... —finaliza, retira la mano que no estrechaste y comienza a alejarse de tí, perdiéndose en un mar de personas que se dirigen apresuradas hacia la estación del metrobús.

~~«miguel Es un cobarde, poco hombre, no Vale la pena, Tienes que Salvar a la conejo»~~
Miguel sale de tu vida dejándote sola en la calle. La cabeza te da vueltas, ¿estuviste realmente prisionera de un trío de maleantes, o todo fue producto de tu psique fragmentada?

A unos metros de ti, el semáforo de la calle de Bucareli cambia de rojo a verde. Los autos comienzan a avanzar a toda velocidad, presurosos de llegar a sus centros de trabajo.

-¡...SKREEEEEEEEEEEEEEEE...!

Un camión de Bonafont amarra los frenos sacando humo blanco de los neumáticos. Los garrafones vuelan y se revientan en el asfalto. Algunas mujeres ahogan un grito en la garganta, una madre tapa los ojos a su hijo para evitar que vea la sangre. Al parecer, han atropellado a alguien. Se empieza a congregarse un grupo de mirones en torno a la víctima. El chofer del camión se baja, llevándose las manos a los lados de la cabeza, acaba de matar a alguien. Conforme te acercas al cuerpo, te llevas la mano a la boca mientras comienzan a rodar lágrimas por tu cara.

~~«no Pierdas el tiempo Viendo a este cobarde, Encuentra a la conejo»~~ ¿Qué clase de broma cruel es esta? con los ojos llenos de lágrimas, recuerdas que hace pocos minutos, le prometiste que hoy sería el mejor día de su vida

~~«los héroes Usan tacones, Fallaste despertar a la Conejo, Vuelve a intentarlo, Es tarde, Salvala»~~ ¿Qué mente perversa permite que nos salvemos de un destino infame para terminar atropellado? —no puedes dejar de ver el cuerpo internet de Miguel

~~«suzzy mcfly Estás perdiendo el tiempo, la conejo Está en peligro»~~ ¿Miguel y yo nos hubiéramos salvado estando amarrados?, cientos de preguntas se agolpan en tu cabeza, escuchas dos voces internas que te confunden y abruman, ¿Le llorara Lulú? Su mamá, nunca le lavara ese suéter.

Interrumpes tus propios pensamientos, tocando el viejo libro dentro de su bolsa, y volteas a ver el lugar en la banqueta donde tu dermis quedó desprendida al brincar de un destino fatal, piensas con lágrimas en los ojos, que tu pudiste haber estado ahí, tirada sin vida. Buscas entre la gente a los maleantes, revisas donde recuerdas que estaba el Canicas, mofándose de ti, viendo el accidente.

La gente está congregada alrededor del cuerpo de Miguel, quien fue golpeado de costado, quizá queriendo ganarle el paso al camión, si tan sólo hubiera dicho una palabra menos, si se hubiera despedido un segundo antes. Las heridas deben ser internas, porque un hilito de sangre corre de su pierna derecha por el asfalto, donde quedó uno de sus zapatos a media calzada.

Los mirones murmuran, otros se llevan la mano a la boca. -”¡Pobre chavo!. No hay nada que hacer.

De entre la pequeña multitud que se ha formado en torno, una muchacha da un paso decidido al frente y se acerca a Miguel. Tiene mechones de cabellos pintados de distinto color, tatuajes en la cara, uno de ellos pareciera un código QR en la frente y una cicatriz de un extraño engrane marcado en relieve en su piel hace juego con el tatuaje, lentes oscuros y su ropa es negra, ecléctica y está sucia y raída. En la espalda carga una mochila de arpillera militar. Lleva una colección de 20 aretes en cada oreja, anillos de todo tipo, una multitud de collares y pulseras. Cruces, estrellas de David, manos de Fátima, relicarios y medallas de santos. Le toma la mano a Miguel poniéndose de rodillas junto a él.

— ¡No, no, no, no...! ¡Ay Miguelito!. Otra vez llegué tarde. Lo siento mucho, de verdad. Vaya con Dios, viejo amigo. —dice la excéntrica muchacha soltando cariñosamente la mano del muerto , santiguándose de una manera muy extraña para ponerse de pie.

De los oídos del joven oficinista escurre una lágrima de sangre, también le escurre la nariz y la boca a causa del traumatismo. Se levanta los lentes y mira alrededor, buscando. Uno de sus ojos, de pupila heterocrómica y el otro de una tonalidad marrón casi rojo madera. Consulta su muñeca derecha donde lleva seis relojes de hombre en el antebrazo. Todos tienen la hora mal. Hace algunos cálculos en el aire, contando con los dedos como un niño de primaria en examen de matemáticas.

— Bien, si Miguel acaba de morir, entonces Psycho-Alice y el libro deben andar por aquí también —piensa en voz alta, con una vocecilla nerviosa. Sus ojos escudriñan la multitud y se centran en tí.



— ¡Psycho-Alice! —te grita sonriendo, como si no hubiera un muerto detrás de ella y se acerca a tí abriéndose paso en la multitud. Se planta delante de ti. Te mira de pies a cabeza.

«Alicia, qué tarde Es, ya Pasan de las diez, en mi mundo, esto no Pasaría, no, no, no, no, no, Es Tarde, ya no hay tiempo» ¿La conozco?, te preguntas para tus adentros.

— Claro que me conoces. Soy Penélope. Bueno, tú me dices Penny. Sólo gente muy querida me dice así —dice la extraña chica sonriendo, como si hubiera escuchado el murmullo de tus pensamientos.

— Lo siento por Miguel —dice volteando a verlo momentáneamente —Él no se salva, el libro, ya sabes, requiere un sacrificio y siempre le toca a él. Lo siento, pero eso ya lo sabías —te informa sonriéndote como una amiga que tiene mucho tiempo de no verte

— No, No, ¡No te conozco, nunca te había visto! —dando media vuelta, tocando el libro y tratando de alejarte de la extraña, hay algo en ella que te perturba notablemente

— No hay tiempo, es tarde, tengo que salvar a la Conejo —le dices a la extraña de ojos y pelos de colores, echando a correr a la casa abandonada

«alicia, Es tarde, muy tarde» ¿De dónde la conoces?, estas casi segura que la has visto, ¿dónde? ¿dónde? te preguntas mientras corres, huyendo del destino que sufrió Miguel, destino del cual escapaste hace unas horas que parecen años.

~~«tu Eres psycho alice»~~ Después de correr algunos metros, escuchas a lo lejos una ambulancia y patrullas, acercándose el barullo de la gente que rodea con morbo el accidente donde falleció Miguel

— ¡YA SE DONDE LA VI! —Te detienes en seco, gritando

Es la misma chica que estaba blandiendo una Katana oxidada en contra de los sadomasoquistas en traje elegante de vestir, el día de ayer. Un escalofrío te recorre la espina dorsal, y toda la carne se le pone de gallina. ¿Cómo es posible? Entonces no lo imagine, las enormes plantas, los escarabajos gigantes, ¡dios mío! NO, no es posible, seguro la vi y la estoy confundiendo.

~~«tu Eres psycho alice, no Eres suzzy mcfly, y ya Es tarde, le Fallaste a la conejo»~~
¿Entonces? ¿La conejo existe?, necesita mi ayuda o ¿no?

~~«no le Podrás dar un puñetazo a biff tannen, eso Es ciencia ficción»~~ Ok, si acaso no estoy loca, tocas el libro nuevamente para tener certeza que por lo menos el libro es real, y esa chica tiene una Katana, podría ayudarme a darle una sorpresa al Canicas, y a esa niña diabólica de la risa gutural y podrida que llena todos los espacios y enloqueces al oírla.

— KILL BILL, ¡¡¡SALVA A LA CONEJO!!! —le gritas con esperanza a la extraña mujer, al notar que tiene una espada colgada de la espalda al verla acercarse corriendo hacia ti.

— ¡Psycho-Alice!, digo, ¡Susana Del Pilar, detente! —te grita la extraña mujer, corriendo a alcanzarte. Se pone frente a ti impidiendo el paso —¿Estás loca? ¡Vámonos antes de que Venegas y sus hombres nos vean aquí! —te dice tomándote del brazo — Sé que quieres intentarlo, pero fallarás. Las runas me lo enseñaron, Miguel fue el sacrificio, no tenemos oportunidad. Morirás a manos de esa niña infernal, o del Colombiano, o de Venegas incluso hay varios caminos donde López te mata. Hay muchas preguntas que querrás hacer y estoy aquí para intentar contestarlas. Pero salgamos de la calle, por favor. Venegas llegará pronto. No es seguro —concluye mientras levanta en su mano las llaves de tu casa, haciéndolas tintinear.

Una patrulla suena la torreta y se estaciona. Bajan dos oficiales, Penny te jala del brazo para esconderte detrás de un refrigerador de CocaCola, a las afueras de una tienda esquinera. Puedes ver con una sensación de desamparo que conoces a uno de ellos, es el sargento López, del cual corriste hace unos pocos minutos, horas, días, no lo sabes exactamente, los recuerdos en tu mente se fragmentan, como ver una película a blanco y negro filmada desde diferentes puntos de vista en múltiples monitores.

El otro oficial hace que tus piernas flaqueen y te sientas mareada, de piel morena muy oscura, lleva lentes oscuros polarizados de aviador, y la placa en su chaleco anti-balas dice “F. Venegas”. Lo rodea un aura ominosa.



Detras de los lentes de aviador, ves relumbrar sus ojos como cuando a un animal lo ilumina una luz por la noche, un par de brasas ardientes relumbrando en el fondo de unos ojos negros totalmente carentes de compasión. Comienzas a notar que rostros desfigurados están tatuados en sus brazos, siete en total, que gritan agónicos y se mueven despacio, como tiburones acechando a su presa por debajo de su piel, te miran furiosos y enloquecidos. El aire en torno a Venegas huele a ceniza y carne humana achicharrada, a parafina y sangre de macho cabrío sacrificado en nombre de oscuras entidades demenciales e ignotas. Su mano izquierda es una mano podrida y esquelética, los huesos son de metal quirúrgico y sus tendones son de alambre oxidado entrelazados con pedazos de esquirlas de vidrio.

— Psycho-Alice, te lo ruego, vámonos pronto. No es seguro estar aquí. Él y sus hombres trabajan para Los Patrones —te dice Penny con miedo auténtico en su voz, que se quiebra al decir ese nombre, tiene pavor de estar aquí —todo lo pueden ver, Los Patrones todo lo ven.

— KILL BILL!, creo que estoy enloqueciendo —apretándole la mano con mucha fuerza —ese policía, huele a sufrimiento, carne quemada, debo estar drogada, miradas demenciales me observan debajo de su piel inhumana, siento las miradas inquisidoras de 7 personas reclamandome que las veo y no hago nada por disminuir su sufrimiento —le susurras al oído a Penny tratando de no parecer una desquiciada — Lo siento mucho, no me llamo Alice, mucho menos Psycho-Alice, mi nombre es Susana, Susana

del Pilar Orihuela y no tengo porque estar aquí, los héroes no usan vestidos desgarrados de imitación ni tacones rotos, solo quiero descansar en mi viejo colchón, tomar el té de calcetín al cual mal llamó café, y dormir hasta mañana —le continuas susurrando bañada en llanto de tristeza, miedo y desesperación.

— Te deseo la mejor de las suertes, si te interesa, hay una mujer que puede necesitar tu ayuda en una casa abandonada, Salva a la conejo —alejándote de ella con miedo.

~~«Es tarde suz, Mataste a la conejo»~~

Escuchas tus propias palabras salir de tu boca, como aquel amante que ve irse al ser amado, estás rota por dentro, desesperada y llena de pesar, no alcanzas a entender nada de lo que está pasando, un hombre muerto, un hombre que acabas de conocer.

~~«tu lo Mataste alicia del pilar»~~

En tu locura pensabas que habías entrado a una vieja casona, vivido una aventura y haber viajado en el tiempo, para salvar a una desconocida en una bañera.

Un escalofrío te recorre desde la base de tu columna vertebral, hasta la nuca, quisieras nunca más volver a ver a ese individuo, descargas de electricidad producen un dolor intenso en cada una de tus discos intervertebrales como agujas calientes, la piel de todo el cuerpo se te pone de gallina, tu temperatura disminuye en un reflejo natural ante el peligro inminente, la misma reacción que tiene un conejo ante un depredador cercano, la fuerza de tus piernas te empieza a fallar.

~~«Fallaste susana, no salvaste a la conejo»~~

— ¡Salva a la Conejo! —empiezas a perder el conocimiento en los brazos de Penny dentro de la vieja tienda detrás del refrigerador.

~~«adios alicia»~~ Susanita, estas enloqueciendo... es el ultimo pensamiento que inunda tu mente antes de que todo se ponga negro...



continuará...